



## REGALADO

Con Antonio Regalado (1932-2012), desaparece uno de los últimos grandes representantes de la cultura española del exilio

**E**L pasado lunes, a los ochenta años de edad, murió en su casa de Estepona Antonio Regalado, uno de los últimos sobrevivientes de la gran tradición del hispanismo del exilio. Hijo de un catedrático socialista, Regalado, madrileño de 1932, marchó a los Estados Unidos con sus padres al final de la guerra civil. Estudió en un colegio de jesuitas en Boston y, tras graduarse en Harvard y doctorarse en Yale, sirvió en la Marina estadounidense a bordo del portaaviones *Coral Sea*. Enseñó en Columbia y se jubiló como catedrático en la New York University. Fue alumno de Quentin Skinner y del rabino Jakob Taubes; trató en sus años de estudiante a Noam Chomsky y mantuvo una estrecha amistad con el poeta Gregory Corso, a través del cual conoció a otros miembros destacados de la generación *beat*. A pesar de la deriva gamberra de su juventud universitaria, narrada con estupenda gracia y desgarro en su libro más reciente (*Leyendo a Pío Baroja*, Renacimiento, 2011), Antonio Regalado fue uno de los más sólidos representantes de la historia crítica de la Literatura Española, y no sólo de la contemporánea (se codeó con Dámaso Alonso, Guillén, Salinas y Borges, y se jactaba de haberse quedado dormido, a sus tres años, en el regazo de Unamuno, a cuya tertulia salmantina le llevaba su

padre durante los años de la II República).

Compartimos un curso de posgrado en NYU, en 1997. Regalado estaba a punto de abandonar la universidad y venirse definitivamente a España. No soportaba la corrección política que se había apoderado de los campus norteamericanos, donde los profesores vivían aterrados por las delaciones de acoso sexual, homofobia, racismo solapado o tabaquismo (paranoias inducidas en los estudiantes por las mafias ecofeministas, que David Mamet denunció en su genial tragicomedia *Oleanna*). Antonio y yo nos encerrábamos a fumar en su despacho o en el mío, abriendo las ventanas para ventilar el recinto y envidiando la valentía suicida de Gonzalo Sobejano, que, en Columbia, paseaba aún por los pasillos de la Casa de España con un eterno cigarrillo incandescente colgando de los labios.

Antonio fue el crítico literario más audaz, riguroso e inteligente de su generación. Deshizo el mito del Unamuno existencialista, mostrando lo que había tras el mismo: un hegeliano rezagado. Y, por el contrario, reivindicó un Calderón anticastizo y moderno, así como un Donoso Cortés ortodoxamente liberal (como lo había pintado Baroja, autor al que siempre fue fiel). Orteguiano, inconformista y sarcástico, destacaba escandalosamente en la mediocridad de un panorama académico dominado por las convenciones escolásticas de izquierda o de derecha. En su retiro español, se dedicó a la indagación filosófica y etnográfica en la cultura tradicional, siguiendo la senda abierta por Julio Caro Baroja, con la complicidad de amigos como José Lasaga o Francisco Flores Arroyuelo. Me cabe el honor de haber presentado con él, en Madrid, sus dos últimos libros, *Un paso en el tiempo: historias de hospitalidad a la vera del camino del Apóstol* (2005), escrito en colaboración con su discípula americana Beth Lahoski, y el ya mencionado *Leyendo a Baroja*, las memorias eruditas y divertidísimas de un verdadero humanista, escritas desde la última vuelta del camino.